



La Santa Sede

MENSAJE DE JUAN PABLO II A LOS DETENIDOS EN LA CÁRCEL DE «FREI CANECA»

Queridos hermanos:

Con ocasión del II Encuentro mundial con las familias, mi pensamiento se dirige a vosotros, que os encontráis en el centro penitenciario «Frei Caneca». Os confieso que sufro con vosotros por la privación de la libertad. Puedo imaginar lo que eso significa. Sufro aún más porque comprendo que las familias de muchos de vosotros no pueden contar con vuestra presencia de padres e hijos, a veces los únicos que podrían librarlas del desamparo. Por eso, deseo aseguraros que la Iglesia permanece a vuestro lado en este tiempo de prueba. Cristo quiere estar con vosotros, sosteniéndolos con su palabra y con la certeza de su amistad.

Hoy el Papa se dirige a vosotros con esta carta, para testimoniaros el amor de Cristo y la atención de la comunidad eclesial. Cristo y los Apóstoles experimentaron la realidad de la «cárcel», y san Pablo fue encarcelado varias veces. Jesús, en el evangelio, afirma: «estuve en la cárcel y vinisteis a verme» (*Mt 25, 36*). Él se solidariza con vuestra condición y estimula a todos los que comparten vuestro problemas.

También su muerte en la cruz constituye un testimonio supremo de amor y acogida. Crucificado entre dos condenados al mismo castigo, asegura la salvación al buen ladrón arrepentido: «En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lc 23, 43*). Acto de extrema misericordia, de extrema donación, capaz de infundir confianza también a quien se siente totalmente perdido. Con ese gesto de perdón, el Señor habla a la humanidad de todos los tiempos.

El plan de salvación es para todos. *Nadie debe sentirse excluido*. Cristo conoce lo más íntimo de cada persona, y con su justicia supera toda injusticia humana, con su misericordia vence el mal y el pecado. Así pues, dejad que el Señor habite en vuestro corazón. Confíadle vuestra prueba. Él os ayudará a soportarla. De forma oculta y silenciosa, podéis participar en el Encuentro que las

familias viven en Río de Janeiro. En efecto, mediante vuestra oración, vuestros sacrificios y vuestra renovación personal, contribuís al éxito de esta gran fiesta de las familias y a la conversión de vuestros hermanos.

Deseo aprovechar la ocasión para animar a la Dirección y a los funcionarios de este centro penitenciario a promover de la mejor manera posible la convivencia humana, que deberá estar marcada siempre por el respeto a la dignidad humana y al bien común de la sociedad.

Permitidme, por último, manifestar mi aprecio por la pastoral penitenciaria de Río de Janeiro, deseando que este servicio de la archidiócesis siga ofreciendo consuelo humano y orientación religiosa a quienes atraviesan momentos difíciles en su vida.

Queridos amigos, dejad que os diga hoy: «¡Ánimo! El Señor está con vosotros. No os desesperéis. Haced de este tiempo de dolor un tiempo de reparación y purificación personal. Reconciliaos con Dios y con vuestro prójimo». Con la ayuda de vuestras familias, de vuestros amigos y de la Iglesia, que hoy está especialmente a vuestro lado, os deseo que podáis encontrar un lugar en la sociedad, para que sigáis sirviéndola como buenos ciudadanos y hombres responsables para el bien común.

Por la intercesión de María, nuestra Madre, Consuelo de los afligidos, os bendigo de todo corazón a vosotros y a vuestras familias.

Vaticano, 30 de septiembre de 1997